

Historia familiar y desempeño profesional en psicoterapia

TANIA ZOHN MULDOON

ITESO

Departamento de Salud, Psicología y Comunidad
Maestría en Psicoterapia

Diciembre, 2009 pp. 97-106
RESUMEN

En este artículo se presentan algunas reflexiones acerca del impacto que tienen, en el ejercicio profesional del psicoterapeuta, los aprendizajes relativos a la interacción y la comunicación en su familia de origen.

Se propone que el trabajo del psicoterapeuta implica –o debería implicar- la exploración y el trabajo cuidadoso de aquellos elementos de la historia personal que se ponen de manifiesto en el trabajo psicoterapéutico, ya sea como factores que facilitan o bien que estorban y obstaculizan dicha labor profesional.

Es importante conocer de una manera amplia y profunda la forma en que la persona del psicoterapeuta ha construido su modelo relacional, y cómo es que ha desarrollado ciertas modalidades de interacción, de las cuales no siempre tiene plena conciencia; ni del modo en que éstas se expresan, ni de cómo estas interactúan (afectan y son afectadas) con las de los demás.

Se sugiere la utilización de algunas preguntas para explorar y analizar los aprendizajes y supuestos en torno a ciertos temas que son fundamentales en el ámbito de la psicoterapia, tales como la cercanía, la confianza, el respeto, los límites, la ayuda, el poder, lo “sano”, lo “enfermo”, la lealtad y el cambio, entre otros.

Palabras clave: psicoterapia, interacción, historia personal, familia de origen, modelo relacional.

SUMMARY

In this article some thoughts are presented about the impact in the professional exercise of psychotherapy, which has the learning referred to interaction and communication in the family of origin of the psychotherapist.

It is stated that the work of the psychotherapist implies - or should imply- the exploration and work of those elements of personal history that become present in the psychotherapeutic practice, as factors that either facilitate or hinder this professional work.

It's important to be aware about the way in which the person of the psychotherapist has constructed his relational model, and how he has developed certain modalities of interaction, of which he doesn't becomes aware; neither of the way in which these are expressed, nor of how these interact (they affect and they are affected) with those of the others.

It is suggested the use of some questions to explore and to analyze these learning and beliefs about some fundamental themes in psychotherapy, such as proximity, confidence, respect, boundaries, help, power, health”, “illness”, loyalty and change, among others.

Key words: *psychotherapy, interaction, personal history, family of origin, relational model.*

Este trabajo tiene como propósito plantear la fuerza que las determinantes del contexto familiar y sociocultural tienen para definir nuestro trabajo profesional. La propuesta implica revisar cómo es que dicho contexto histórico incide en el desarrollo personal y profesional, específicamente en el campo de la psicoterapia.

¿QUÉ ES AQUELLO QUE INCIDE Y MARCA NUESTRO DESEMPEÑO COMO PROFESIONALES DE LA PSICOTERAPIA?

Están por supuesto aquellos elementos que son inherentes a la profesión misma, tales como los planteamientos teóricos y conceptuales, así como las formas en que se expresa el trabajo y las aplicaciones estratégicas y técnicas derivadas y asociadas a estos.

Está también el proceso de formación y las reflexiones que en él y más allá elaboramos continuamente y que nutren nuestro quehacer.

Además, están los consultantes que atendemos, que abren sus historias y sus vidas para que trabajemos juntos en ellas y que nos dan la posibilidad de profundizar y aprender sobre ellos y nosotros mismos.

Está la interacción, esa relación que se construye entre las partes, de tal manera que nuestros supuestos no dejan de estar en este espacio de interacción.

Más allá del lugar que estos elementos ocupan y de la importancia que tienen, están otros factores que intervienen de manera directa y determinante en la práctica profesional; aquellos que están relacionados con la historia de vida que tenemos, con nuestros aprendizajes más significativos y con las formas de interacción que hemos desarrollado y que se ponen en juego en nuestro quehacer, estos elementos de orden personal que tienen un peso en la definición de nuestra acción profesional. Son estos elementos los que a continuación abordaré de manera general.

Es fundamental que como psicoterapeutas tengamos claro cómo es que nuestra historia personal ha incidido y sigue incidiendo de manera directa en el trabajo profesional

y cómo puede relacionarse dicha historia con aspectos que favorecen u obstaculizan el desempeño psicoterapéutico.

La historia personal y familiar nos moldea y articula, da un sentido a nuestra vida, un lugar y una visión del mundo que nos rodea.

A través y a partir de la *historia familiar*, vamos construyendo nuestra perspectiva de la realidad, la manera en que concebimos el mundo, en que distinguimos lo que es importante de lo que no lo es. Aprendemos a poner nuestra atención en ciertos fragmentos de la experiencia y dejamos de ver otros.

En este proceso de *construir historias* llevamos a cabo nuestras percepciones, lo que nos posibilita ir conformando ciertos esquemas conceptuales, que van generando un mapa determinado de la realidad. Es este mapa el que transforma las distintas percepciones en un proceso selectivo, a través del cuál tratamos de hacer encajar las nuevas ideas en el esquema conceptual previo, de manera que no haya contradicciones. Este mapa implica los significados que hemos aprendido en la interacción dentro de ciertos sistemas afectivos importantes a lo largo de nuestra vida, conformados en primer lugar por el contacto con nuestra familia de origen y reforzada posteriormente por otros grupos significativos; esto nos da un sentido de pertenencia y de identidad, un lugar seguro. Nos permite posicionarnos desde un sitio en dónde no hay incertidumbre, y desde el cuál los datos que la *realidad* nos ofrece coinciden con los esquemas ya conformados.

Desde esta seguridad, tendemos a captar lo que queremos captar, dentro de lo que nuestro esquema o mapa nos permite; así, vamos creando conceptos, supuestos y prejuicios acerca de lo que es esa *realidad* con la que tenemos contacto.

Como mencionaba antes, es prioritariamente en nuestra familia de origen donde aprendemos los significados que constituyen nuestros esquemas, las ideas y creencias que tenemos con respecto a lo que es bueno y malo, lo que se debe de hacer y lo que no. Recibimos de manera constante mensajes que tienen que ver con estas valoraciones, por ejemplo, con qué tipo de personas podemos –y debemos– relacionarnos, o bien, cuál es el valor y relevancia que tienen para nuestra vida temas tales como el estudio, el trabajo, el matrimonio, el sexo, la igualdad, la justicia, etc. Aprendemos lo que está permitido dentro de nuestro pensamiento, el lenguaje a través del cual nos explicamos el mundo e interactuamos en él.

LAS LEALTADES

Un tema central es el de las lealtades y cómo es que éstas orientan nuestra visión del mundo. Todos tenemos afiliaciones a ciertas creencias y formas de ver las situaciones. Las lealtades, tienen un matiz distinto, dado que no sólo implican la preferencia por cierta idea o contenido, sino que revisten un significado emocional muy fuerte y esto es lo que las hace solidificarse. Las lealtades, desde esta perspectiva implican “*la existencia de expectativas estructuradas de grupo, en relación a las cuales todos los miembros adquieren un compromiso*” (Boszormenyi-Nagy y Spark, 1983). Así, las expectativas adquieren el carácter de mandato.

Si lo ubicamos en el contexto del trabajo terapéutico, esto tiene una repercusión directa. Si este factor no está claro y consciente para el terapeuta, éste no va a poder quitar su “mirada” de lo que la otra persona está planteando. Le va a costar mucho trabajo comprender visiones que son contrapuestas a las suyas, que no son afines a su modo de pensar, de sentir. Esto genera que muchas veces se den situaciones en la relación que no dejan ver lo que le sucede al otro tal y como éste lo vive y lo interpreta.

Los aprendizajes que el psicoterapeuta ha tenido en su vida marcan la manera en que éste concibe los problemas, de hecho, marcan lo que concibe como problemático, por ejemplo, puede considerar que necesariamente el que a alguien lo hayan criado sus abuelos y no sus padres es problemático, sin detenerse a averiguar si esto es en verdad una situación difícil para la persona que está atendiendo. De igual manera puede tener una perspectiva rígida con respecto a cómo debería de ser la relación de pareja, o las relaciones padres e hijos. Así, da por hecho que ciertas formas de pensar y de actuar son indeseables, anormales.

Y es difícil comprender hasta qué punto estas visiones afectan la práctica de la psicoterapia, porque por un lado están todas estas cuestiones de orden subjetivo que determinan la visión del profesional, pero por otro lado esta toda la validación social, profesional y *científica* que avala visiones parciales y tajantes acerca de los problemas en los seres humanos, que le dan a la persona del terapeuta un peso moral muy fuerte, con capacidad para opinar, decir y dictaminar sobre el bienestar de otros. Esta validación tiene

que ver con el hecho de que hay un consenso de ciertas ideas con respecto a las conductas, pensamientos y sentimientos que sí deben de ser y los que no, que desde luego van más allá de los aprendizajes que el terapeuta ha adquirido en su historia.

Sobre estos temas relacionados con lealtades, es importante revisar en lo personal, ¿Cuáles son aquellos asuntos que son inaceptables para mí? ¿Qué tipo de situaciones del vivir me son especialmente desagradables, reprobables? ¿Cómo expreso este desagrado o desaprobación, cuál es mi reacción? ¿De dónde aprendí esto? ¿Quién me lo enseñó? ¿Cómo llegué a estas conclusiones? De la misma manera podemos hacernos el cuestionamiento sobre aquellos asuntos que llaman nuestra atención de manera favorable, ¿Cuales son los temas y/o personas que me resultan atractivos, afines? ¿Cómo es mi respuesta ante los eventos o circunstancias que sí me agradan? ¿Cómo es la manera en que he ido conformando mi forma de ver y enfrentar la vida?

En este proceso de revisión, por supuesto que vamos a encontrar más fuentes de información e influencia que sólo la familia y tendremos razón; sin embargo, la misma manera en que orientamos nuestra búsqueda de influencias y de información, cobra sentido si revisamos nuestra historia familiar, dado que regularmente desde ahí es de dónde aprendemos a elegir los demás sistemas de relación con los que tenemos contacto y a los que les damos reconocimiento.

EL MODELO RELACIONAL

Es en el contexto de nuestra familia de origen que aprendemos cómo relacionarnos, ahí, en el sitio de nuestras experiencias de vida más significativas y determinantes se encuentra la escuela dónde iniciamos nuestro aprendizaje del modelo relacional con el que vamos a enfrentar el mundo. Los aprendizajes con respecto a nuestro rol, a nuestra posición *en el mundo*, desde la cual explicamos las cosas y llevamos a cabo nuestras acciones. Es interesante ir desglosando dichos aprendizajes, que se derivan de nuestra participación en distintos sistemas y subsistemas de interacción a lo largo de nuestra historia y formación.

Por ejemplo, como hijo, ¿Qué he vivido?, ¿Cómo he aprendido a relacionarme con las figuras de autoridad? ¿Cuál es el contexto y situación en el que me incorporé a mi familia?, ¿qué se esperaba y qué se sigue esperando de mí?, ¿qué tanto siento que tengo que estar cumpliendo las expectativas de los demás para ser querido y aceptado por

aquellos que me son significativos? ¿Qué tanto me rebelo ante ello y sin embargo sigue siendo mi referencia? ¿La función que he tenido como hijo es de conciliador de los conflictos familiares?, ¿es el de ser la *voz de aliento* para mis padres, para los demás? ¿Qué tanto busco seguir sosteniendo ese rol en mi actividad profesional? Es decir, tener el papel de mediador, el tener una posición central con relación a los otros, ser el que da las respuestas, el que resuelve. ¿Qué tanto esto es parte de mi identidad profesional?

Como hermano, ¿cuál ha sido mi aprendizaje con respecto a la relación con mis *iguales*, con aquellos que son mis pares? ¿Me cuesta trabajo estar en una posición de igualdad, ¿qué tan competitivo soy?, ¿no puedo dejar que alguien me gane?, ¿cómo establezco relaciones con aquellos que considero pueden amenazar mi posición? En mi actividad profesional, ¿siento que tengo que estar siempre *por encima* de quienes me consultan?, ¿qué tanta solidaridad puedo sentir con relación a un problema planteado? ¿Considero que es importante compartir con otros profesionales aquellas preocupaciones acerca de mi labor, o siento que esto me dejaría demasiado vulnerable? ¿Cómo es la relación que establezco con otros contextos o personas que intervienen en la atención de mis pacientes?

Hay otras preguntas: ¿Cuáles son los patrones de interacción que caracterizan el intercambio que entablo con personas de mi mismo sexo o del contrario? ¿Cuáles son mis supuestos acerca de los hombres y las mujeres? ¿Cómo establezco relaciones en los diversos contextos en los que se desarrolla mi vida? ¿Qué genero en dichos contextos? Estas interrogantes –y sus respuestas- tienen una relación directa con lo que posteriormente se va a ver manifestado en nuestra manera de trabajar, con los supuestos desde los cuales llevamos a cabo nuestro quehacer profesional.

EL ESTILO EN LA COMUNICACIÓN

En la familia recibimos el entrenamiento sobre la manera de comunicarnos con los demás, la forma en que construimos y transmitimos los mensajes, el modo en que retroalimentamos y tenemos un efecto en la conducta de los demás. Es distinto lo que vamos a generar si aprendimos a comunicarnos de manera directa y clara o si nuestra forma es indirecta, con rodeos, con mensajes confusos. Probablemente hemos aprendido que, si

decimos las cosas directamente, la otra persona se va a enojar, no le va a gustar, y tal vez no queremos tener conflictos, nos parece que el conflicto conduce al caos, a la ruptura.

Aprendemos también a triangular, es decir, a tener mediadores para los conflictos, o bien a ser esos mediadores del conflicto. Nos vamos entrenando en el proceso de buscar aliados y formar bandos. Todos estos aprendizajes tienen una relevancia enorme en el trabajo psicoterapéutico, la forma en que ponemos en juego nuestro ser en relación con otro que requiere de ayuda. Tienen una manifestación directa en la forma de construir aquello que decimos Y lo que no decimos también). ¿De qué manera construimos nuestras preguntas? ¿Tenemos un estilo que lejos de ser exploratorio y buscar comprender la situación del otro se convierte en cuestionamientos acusadores y culpabilizantes? ¿Podemos expresar nuestra comprensión del otro y nuestro interés de manera completa, que incluya el lenguaje corporal? ¿Qué tanto nos damos cuenta de la manera en que usamos el lenguaje?

LA TOMA DE DECISIONES

¿Cómo es que llegamos a ciertas resoluciones? Por supuesto, las decisiones que tienen que ver con el campo profesional al que nos dedicamos no están excluidas.

Pensemos: ¿Cómo es que elegí dedicarme a la psicoterapia? ¿Cuáles fueron las razones que me di –que me sigo dando- para sostener la elección? ¿Qué factores con respecto a mi aprendizaje pueden estar en juego en mi decisión? ¿A qué factores ó expectativas estoy respondiendo con esta formación que he elegido? Puede ser que me he acostumbrado a ser yo quién ayuda, ser la persona que, dentro de mis distintas relaciones tiene ese lugar, un lugar que por un lado puede estar siendo de gran utilidad para los otros, y que además me libera de tener la posición contraria, que probablemente no la considere tan privilegiada, o tan importante.

Todos estos temas son importantes de considerar en la medida en que cobran vida en cada momento de nuestro ejercicio profesional, independientemente del contexto específico en dónde hagamos nuestra labor.

LA EPISTEMOLOGÍA PERSONAL

Y en todo momento de nuestro desempeño, de nuestro trabajo, se manifiesta nuestra epistemología, esa manera de conocer, interpretar e interactuar con el mundo; implica lo que señalan Simon, Stierlin y Wynne (1993), al decir que la epistemología no solo tiene que ver con el pensamiento, sino que incluye los procesos emocionales y afectivos de la persona. Es desde esta epistemología que elegimos, como psicoterapeutas un modelo o enfoque teórico, así como el área o el campo de la disciplina en que decidimos ejercer. ¿Cómo llegamos a tener ciertas preferencias por diferentes explicaciones acerca del ser humano? ¿Qué nos lleva a elegir entre distintos planteamientos y formas de trabajar? ¿Por qué algunos enfoques nos resultan tan atractivos y otros nos repelen? ¿Por qué nos atrae la posibilidad de la interdisciplinariedad y no nos quedamos en paz con el hecho de pertenecer a una escuela de pensamiento en particular?

Como profesionales tomamos una posición, con toda la carga de nuestra propia historia, convirtiéndonos probablemente en viva manifestación de cierto código familiar, de determinados valores; defensores de ciertos patrones y reglas de comportamiento, de ciertos ideales y creencias que son el reflejo de nuestros aprendizajes primarios (Ceberio y Linares, 2005).

La cuestión aquí es: ¿Qué tanto nos damos cuenta de esto? y ¿Cómo es que estos elementos pueden favorecer u obstaculizar nuestro desempeño profesional?

En este sentido, es indispensable que en los procesos de formación se genere un espacio de reflexión que posibilite la comprensión y el trabajo con este posicionamiento que tomamos como profesionales de la psicoterapia. Comprendiendo, desde nuestra historia, desde la historia de nuestra familia de origen de la cual somos representantes, cómo se ha construido esta manera de conocer, nuestros acuerdos y desacuerdos, nuestra manera de trabajar.

Es fundamental generar la posibilidad de conocer y comprender nuestra epistemología. Tener claro cuál es nuestro universo de constructos y supuestos personales, entender el porqué, sin darnos cuenta en una sesión nos sentimos identificados con un hijo, o nos aliamos con una madre o sentimos conflicto con un padre. Implica atrevernos a

descubrir las dificultades que no nos permiten llevar adelante un caso o, cuáles son aquellas intervenciones que nos resultan más fáciles de realizar y aquellas que para nosotros son más difíciles de implementar (Ceberio y Linares, 2005).

Esto nos exige la revisión y elaboración de esta postura epistemológica, de estos asuntos con los que en un momento dado tenemos dificultad y que obstaculizan nuestra labor profesional, y que sin darnos cuenta están ligados con condicionamientos que tienen su origen en la experiencia de pertenecer y representar una realidad, aprendida en nuestra familia de origen en primera instancia y consolidada por otras personas o grupos de pertenencia significativos en nuestra vida, que han tenido un lugar relevante en nuestra formación como individuos.

Implica emprender el proceso para generar un saber sobre sí mismo en un sentido amplio. Poder responder a la pregunta ¿quién soy? desde los diferentes ángulos que constituyen nuestro ser y quehacer.

LAS PREGUNTAS A SÍ MISMO

Presento a continuación una serie de preguntas que tienen como inspiración las *preguntas autorreferentes* propuestas por Ceberio y Linares (2005) a propósito del análisis del estilo personal del terapeuta. Estas son algunas preguntas interesantes que podemos hacernos para conocer nuestro conocer, que nos permiten reflexionar sobre nuestras fortalezas y debilidades, sobre los recursos que tenemos y sobre aquellos factores que como profesionales son importantes de trabajar y desarrollar. A través de estas preguntas y cuestionamientos podremos identificar de manera más clara la función o el rol que hemos desempeñado en la familia y otros grupos significativos; en síntesis, nuestra manera de interactuar.

En cada una de las preguntas es importante ir haciendo la reflexión para darnos cuenta cómo es que aprendimos estas formas de interacción, quienes en mi familia de origen operaban de esa manera, y en general, saber con claridad cómo es que se establecieron en mí estos aprendizajes con los que ahora expreso mi existir.

- ¿Cómo está construida la historia de mi familia? Es una historia de retos, de miedos, de secretos, de contradicciones, de pérdidas, de adicciones, de sufrimientos, de logros, de recuperación...
- ¿Cuáles son las expectativas que operan en mi familia de origen? ¿Cuál es el papel que he desempeñado, que desempeño dentro de mi contexto familiar?
- ¿Qué se espera de un miembro mi familia? ¿Qué se espera de mí en particular? ¿Cuál es la diferencia de lo que espera de mí cada uno de mis padres y cada miembro de mi familia?
- ¿Qué tanto me siento obligado a cumplir con estas expectativas? ¿Qué tanto me permito explorar otras posibilidades que no están inscritas en ellas?
- ¿He fungido como mediador de los conflictos familiares? ¿He sido y soy el *psicólogo/psicoterapeuta* de la casa?
- ¿Cuál es el relato dominante con respecto a mi historia? Esta historia marca y determina que se pueden resolver los problemas, que los problemas se tienen que resolver dentro de las paredes de esta casa, que nosotros somos mejores que los demás, que está mal que alguien haga esto o aquello, que uno nunca debería de... que tu eres así y no puedes cambiar....
- Como psicoterapeuta, ¿cuales son las historias que llaman mi atención?, ¿cómo son las historias o los relatos que tiendo a resaltar, y cuales son aquellos que minimizo, que no les doy importancia? ¿Qué partes de los relatos que los consultantes no tomo en cuenta y en donde sí pongo mi atención?
- ¿Cuál es mi forma de emitir opiniones, de definir los problemas a los que me veo enfrentado en la práctica profesional?
- ¿Tiendo a buscar – y encontrar- culpables de las situaciones problema que trabajo con mis consultantes? ¿Cómo aprendí a hacer esto?
- ¿Mi tendencia en las interacciones como psicoterapeuta es a criticar, enjuiciar, descalificar a otros? ¿De quién lo aprendí? ¿Qué genera esto en mi práctica?
- ¿Cómo es mi manera de señalar una situación que considero importante de modificar en los contextos profesionales dónde me desempeño? ¿Prefiero confrontar o más bien insinuar y emitir mensajes indirectos?

- ¿Qué tanto me amenaza el conflicto? ¿Qué me pasa en una sesión, cuando estoy en medio de una situación en dónde prevalecen los desacuerdos? ¿Busco que todos estén *en paz*?
- ¿Cómo es mi manera de indagar, de preguntar, de explorar, de señalar, de interpretar, de dirigir, de *no dirigir*, de intervenir y de promover el cambio?
- ¿Cómo es que he construido esa manera particular de conducirme como psicoterapeuta?
- ¿Temo preguntar y conocer información demasiado *privada*? ¿Qué me sucede con los secretos? ¿Cómo recibo los límites que los consultantes me imponen?
- ¿Cuáles son mis recursos en la interacción? ¿Qué hago para establecer contacto positivo con la gente?
- ¿Qué tanta capacidad tengo para escuchar, para entender realmente lo que alguien más expresa? ¿Escucho sólo lo que quiero escuchar?
- ¿Tengo sentido del humor y me gusta relacionarme en términos de la simpatía que genero? ¿Cómo puedo aprovechar esta habilidad y en qué momentos puede convertirse en un obstáculo?
- ¿Busco ser el centro de la atención? ¿Qué mis consultantes estén siempre de acuerdo con lo que digo? ¿Ser reconocido por ellos?
- ¿Cuál es mi forma de expresar afecto? ¿Me es difícil acercarme o es algo que de manera natural puedo hacer? ¿Cómo reacciono cuando otros se me acercan o se alejan?
- ¿Cómo es mi respuesta ante el pedido de ayuda? ¿Cómo actúo ante el hecho de tener que pedir ayuda?
- ¿Cómo es mi manera de orientar, de posicionarme frente al otro, a las personas con las que trabajo? ¿Tiendo a controlar?

CONCLUSIONES

Hay muchas preguntas que pueden derivarse de estos elementos que he ido exponiendo. El punto tiene que ver con cómo identifico que aquello tiene una incidencia en mi quehacer, qué formas nuevas tengo que aprender para mi trabajo.

Las respuestas que damos a estos planteamientos sirven para darnos pistas muy interesantes sobre nuestra práctica profesional, para poder identificar nuestros recursos, así como las áreas en dónde podemos tener ciertas dificultades en nuestra labor, de manera que tengamos un panorama claro de lo que podemos ir trabajando y desarrollando en nuestro proceso continuo de formación profesional.

El propósito, a partir de estas reflexiones es por un lado, comprometernos a emprender el camino de convertirnos en profesionales de la psicoterapia capaces de aprovechar al máximo nuestros recursos *genuinos y naturales*, que se pueden traducir en herramientas para el trabajo, y por otro lado, aprender a desarrollar aquellas destrezas, habilidades y actitudes que no corresponden a nuestros patrones aprendidos, para así, ampliar la gama de posibilidades de intervención, para ir más allá de nuestro “destino”, para construir una historia nueva (Ceberio y Linares, 2005).

Tener la posibilidad de darnos cuenta de dónde vienen las formas en que construimos nuestras abstracciones y esquemas de la realidad y saber y asumir que así cómo aprendimos eso, podemos ampliar y modificar dichos aprendizajes, nos permite ir desarrollando cierto margen de flexibilidad en la elección de puntos de vista, y acceder así a visiones distintas, que posibilitan ampliar nuestros recursos ensanchando los caminos de acceso a las distintas problemáticas que tenemos oportunidad de trabajar.

Bibliografía

Ceberio, M.R. y Linares, J.L. (2005) *Ser y hacer en terapia sistémica. La construcción del estilo terapéutico*. Barcelona: Paidós.

Boszormenyi-Nagy, I. y Spark, G.M. (1983) *Lealtades invisibles: reciprocidad en terapia familiar intergeneracional*. Buenos Aires: Amorrortu.

Simon, F., Stierlin, H. y Wynne, L. (1993) *Vocabulario de Terapia Familiar*. Barcelona: Gedisa